

REFLEXIONES EN TORNO A LA DISTOPÍA Y EL MALESTAR EN EL PLANETA

María Pía Costa*

Vivimos hoy en un mundo en el que el fantasma de la destrucción de la humanidad ha vuelto a estar en el centro del imaginario común. El cambio climático tiene manifestaciones cada vez más dramáticas, amenazando la vida de todas las especies, abarcando la humana. Sabemos que han existido hasta cinco extinciones de vida en el planeta a lo largo de millones de años, incluyendo especies de sapiens, como los cromañón. Nuestra subsistencia está en juego. A eso se suma la ansiedad que nos provoca el avance de la tecnología que, junto con el progreso científico, amenaza con reemplazar la mente humana por la máquina, cuando no hacernos volar a todos con la energía atómica.

El temor a la aniquilación total nos acompaña desde antiguo, lo encontramos en las múltiples versiones del mito del fin del mundo. La angustia del fin del mundo es sin duda la catástrofe psíquica máxima, pues no sólo conlleva la idea de la muerte, insoportable para el psiquismo, sino la de la aniquilación total del individuo, de la cultura y del entorno que lo cobija.

La culpa por ser responsables de esta destrucción es un elemento consustancial de la angustia de fin de mundo, y eso desde los mitos antiguos: somos responsables de la aniquilación, ya sea por nuestros pecados o por nuestra ignorancia. Recordemos la frase de Hanna Segal de que "somos como lemmings caminando, sin saberlo, hacia la destrucción" (Seagal, 1985). Harari (2014) califica al homo sapiens como el gran depredador; nos cuenta que con su aparición en el planeta, se inicia la desaparición de especies por causas externas a las naturales.

Freud le da a la pulsión de muerte lugar central en su teoría, presentando al individuo en una lucha constante entre Eros y Tánatos desde el inicio de la vida. Hemos evolucionado como especie con la certeza de que, de manera general, lo que ha venido triunfando es la vida, la complejidad y la organización. Sin em-

* Psicoanalista en función didáctica y expresidenta de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Docente del Instituto de la SPP. Fundadora y Presidente de la Asociación Psicólogos Contigo (Proyecto ganador del premio API en la Comunidad - 2018). Actualmente Directora del Consejo Profesional de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL). <mariapiacosta.s@gmail.com>

bargo, actualmente sabemos que ese equilibrio puede romperse, mediante la destrucción de las condiciones de vida en el planeta, o por el avance de la tecnología. La producción para la subsistencia de cerca de 8 mil millones de humanos es probablemente uno de los ejes del problema; y, dentro de ese eje, junto con los avances imprescindibles, observamos la ambición de tener, la codicia material. El otro eje es la capacidad de pensamiento que lleva al progreso científico y tecnológico que supone justamente el retraso de la enfermedad y la muerte; y, dentro de este eje, la ambición de saber, la arrogancia humana.

¿Podemos explicar la destructividad del planeta como un encono del humano para destruir el hábitat que nos contiene y apropiarse de lo que logra dominar? ¿Es suficiente recurrir a la pulsión de muerte que nos es inherente? Para comenzar, es necesario recordar que la destructividad de las condiciones vitales del planeta se ha ido dando muy lenta y progresivamente a lo largo de los siglos, sin que los humanos lo supiéramos. La conciencia de que nuestra existencia, y sobre todo nuestra subsistencia, significa la ruina del planeta nos ha sido ajena hasta hace relativamente poco. De nuevo, hemos sido como lemmings caminando hacia la destrucción, pero sin saberlo. Ahora sí lo sabemos.

En un artículo de Javier García *¿Por qué la guerra?* (2022), en el marco del Diálogo Latinoamericano, plantea que no podemos desligar la creatividad de la destructividad. Avanzamos tanto —en ciencia, tecnología, inteligencia artificial, estilos de vida— como destruimos. Más que designar al inherente impulso destructivo como responsable, nos propone comprender el interjuego entre la creatividad y la destrucción. Es decir, detenernos en el resultado de dicha intrincación. “Quiero decir que no son dos opciones divorciadas, que corran separadas. La capacidad productiva, creativa, queda siempre excedida por un plus de producción que es, a su vez, pérdida y destrucción de la propia capacidad productiva. Es en el exceso, lo que podríamos llamar el plus de goce que surge de la vida misma, donde la destrucción se hace efectiva cada vez con mayor fuerza” (ibid.). Destruimos porque necesitamos producir para sobrevivir; pero también porque buscamos el exceso que es lo que puede proveer, para algunos, mayores ganancias, beneficios y momentos de ocio. García continúa: “No es una fuerza destructiva de muerte independiente de Eros, que viene desde otro lado a destruir lo bueno que construimos. Se trata del exceso de la vida misma, inseparable de la creatividad y la productividad humanas, un plus de ella que socava la vida

-
1. El Diálogo Latinoamericano es un dispositivo que se lleva a cabo hace una década, por iniciativa y bajo la coordinación de Eva Ponce de León de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). Pretende conectar a colegas de sociedades psicoanalíticas de los países latinoamericanos. Cada año se elige un tema, con un texto disparador que se debate (vía *e-mail*) a lo largo de los doce meses.

misma" (*ibid.*). Y debemos agregar, descompone los vínculos sociales al agudizar las inequidades.

Quizás es inevitable agregar a la ecuación la hipertrofia del ideal individualista del posmodernismo, que resalta el disfrute y el consumo, el logro y el éxito personal, más ligado al goce que al placer. El individualismo como bandera desarticula al humano del bien común y, por ello, atenta contra el tejido vincular; exacerba una voracidad privada y la violencia hacia los otros y hacia el entorno que nos contiene.

La cultura, tal como lo plantea Freud en *El malestar en la cultura*, tiene la función de refrenar las pasiones, preservando al individuo del desenfreno sexual y de la violencia bruta; como consecuencia de este rol mediador, la cultura tiene la virtud fundamental de regular los vínculos sociales a cambio de la renuncia pulsional. Esta renuncia, sin embargo, puede superar la frustración gracias a los efectos benéficos que la derivación de las pasiones facilita a través del arte, el conocimiento, la política y todas las expresiones, simbólicas, culturales, que elevan el espíritu gracias a la postergación y la derivación de las pulsiones. Pero tenemos también las derivaciones que podríamos llamar de exceso, de resto-basura, que lejos de las vías de sublimación, revelan una voracidad narcisista. La noción de goce —engaño de placer— que conlleva la idea de exceso y de resto dañino, nos permite entender esta dinámica.

Desde la caída del Muro de Berlín y el final de la Guerra Fría —que había mantenido un cierto orden mundial en lo político— han caído también las narrativas y las doctrinas que garantizaban un *statu quo*. Desestimadas estas ideas predominantes, vemos abrirse camino una proliferación de subnarrativas y subdoctrinas que aglutinan a grupos que buscan su reconocimiento y un mejor lugar en la trama social y en las relaciones de poder. Me refiero a las minorías indígenas, a los negros, a las diversas identidades de género, a los inmigrantes, por mencionar algunas. Junto con estas, coinciden una abundancia de sectas religiosas, nacionalismos, identidades grupales, agrupaciones políticas de todo tinte y color. No los guía una ideología, sino creencias a veces disparatadas, cuando no intereses grupales. No los ilumina la reflexión sino la intención de eliminar al adversario, incapaces de aceptar la alteridad. No impera en ellas el diálogo, sino consignas que no son más que un pensamiento limitado, repetitivo y vacío.

Quiero referirme al mito de la horda primitiva, en el que el imperio del padre omnipotente, excluido de la castración simbólica, da lugar al deseo de la fratría de liberarse de él. Según Freud, la culpa y los sentimientos amorosos que surgen en el clan de hermanos luego de la muerte del padre, genera las dos prohibiciones fundamentales: no matar y no fornicar. Es decir, crean un mandato; han comprobado la necesidad de una ley y de un líder que la haga cumplir. Es alrededor del ideal del padre asesinado, pero admirado y amado, que surge el patriarcado. Esta

vez el padre sí está sometido a las restricciones fundamentales, es el padre de la Ley y, por ello, es un padre castrado.

Este padre castrado es el padre del patriarcado. Pero observamos, a lo largo de la historia, un vaivén en las diferentes culturas y organizaciones sociales entre el padre del patriarcado y el padre de la horda primitiva. Podríamos decir que se dan avances y regresiones a distintos ritmos. Los líderes requieren de ideologías para sustentar su poder y la organización social que proponen. Lo que diferencia al padre de la Ley del padre de la horda primitiva es la aceptación de la castración que, a su vez, marca la diferencia sobre la manera de imponer esa ideología. Por eso cuando hablamos de patriarcado, sería preciso tener en mente la diferencia entre una organización vertical y jerárquica, pero amparada en la Ley, diríamos una organización edípica, de otra que impone el delirio narcisista del líder, excluido de la castración simbólica, diríamos una organización narcisista. Una navega en los marcos del Ideal del Yo, unificador y cohesionador a partir de un ideal colectivo, y el otro da cuenta de un Yo Ideal auto referenciado y caprichoso que impone la sumisión en función de un delirio personal. Ambas son verticales y jerarquizadas, y ninguna ha podido dar espacio suficiente a las diversidades y a las expresiones minoritarias.

Podríamos ampliar el panorama para dar cuenta de otras organizaciones caracterizadas por el vacío de poder, en ellas justamente falla el poder autoritario y centralizado. Alberto Vergara (2023) habla del Perú, por ejemplo, como una democracia con vacío de poder, que, de la mano de una gran fragmentación, revela una organización política y social fallida. Sabemos de países que no han alcanzado la Ley, o que, habiéndola alcanzado, han regresionado a la fratría. No existe ni el líder de la Ley, ni el líder de la horda primitiva, sino un líder improvisado e inexperto, sin vínculos con sus gobernados. Se trata de un padre doblemente castrado pues, a la castración estructural se suma la castración narcisista de la incompetencia. En estos casos priman grupos que pelean por el poder o por su mantenimiento, seguidos más por ideales egocéntricos que se reflejan en apetitos personales o de grupo, que no logran cohesionar en un ideal común.

El cuestionamiento del sistema patriarcal, y de la ley en particular, se refleja en las nuevas tendencias teóricas basadas en el sistema de diseminación de micropoderes de Foucault, en favor de la norma y las costumbres por encima de un discurso unitario y represivo. A partir de ahí, se plantea para la sexualidad, por ejemplo, el discurso "de los cuerpos y los placeres, más que del sexo-deseo". "Para el psicoanálisis, se trata entonces de pensar los procesos de subjetivación en su vínculo no con la ley y la represión, sino con las normas y el poder disciplinario que fabrica la función-sujeto" (Ayouch, 2023).

Juliette Mitchel plantea, junto con la Ley del Padre, vertical y edípica, una Ley de la Madre, horizontal y fraterna, destinada a regular la agresión y el incesto entre

hermanos. Una estructura igualmente fundante, que hemos solido desconocer, pero que trae sus expresiones en la clínica cotidiana. ¿El desconocimiento de esta línea podría explicar la desregulación que observamos entre los grupos de fratrías? ¿Estos serían reflejo del poco interés brindado a los conflictos de rivalidad entre hermanos?

Mitchel plantea mirar el eje horizontal, pero me pregunto si lo que pugna por hacerse lugar es más bien una organización claramente fraternal y equitativa en reemplazo, no en convivencia, con el eje vertical. Una organización que rechaza el dominio del discurso unitario en torno a la ley en beneficio del poder disciplinario de la función-sujeto. Lo cierto es que, por ahora, lo que experimentamos es más bien una pugna fratricida, enconada y cerrada en polarizaciones que desconocen al otro, a menos de ser tomado como enemigo.

El malestar en el planeta no se limita pues al atentado contra la subsistencia y la riqueza de nuestro hábitat; es un tema político también, en el sentido del ejercicio del poder. Tiene que ver con la manera en que se organiza socialmente el planeta. Es pertinente aspirar a un poder equitativo, inclusivo y respetuoso de la alteridad que esté en condiciones de gerenciar de manera saludable la tensión entre las necesidades de los millones de humanos y su entorno.

Los mitos de fin del mundo siempre conllevan la idea de una nueva oportunidad, de un renacimiento. Una pareja, o un grupo de individuos sobrevive. Tomemos como ejemplo la novela de Cormac Mc Carthy, *La Carretera*, en la que nos presenta un mundo destruido, inerte, caótico, dominado por caníbales en el que, sin embargo, algunos escogidos se salvan. Supongo que esta idea es resultado de la imposibilidad de aceptar la muerte. Pero más allá, la esperanza de una segunda oportunidad refleja ese resto del que hablaba, esta vez el de Eros en medio de Tánatos, que revela la manera en que la psiquis busca un resquicio para la vida. La fuerza de la vida tratando de hacerse paso, a través de sus construcciones y elaboraciones, en medio de la destrucción. Es la complejidad, en la que se confrontan las infinitas oportunidades que se engendran entre ambas pulsiones, produciendo un tejido denso, que es la historia humana, mucho más tupida y rica que una visión de extremos simplemente antagónicos. Y es probablemente la ciencia, el saber y el pensamiento los que podrán rescatarnos, y confirmar que, sobreviviendo a la desorganización, es posible crear nuevamente el objeto.

Referencias

- Ayouch, T. (2023). Los cuerpos y los placeres contratacan: Dispositivo de sexualidad, dispositivo de raza y queer decolonial en el psicoanálisis. *Calibán – RLP*, 21(1).
- García, J. (2022). *¿Por qué la guerra?* Manuscrito. Diálogo Latinoamericano.
- Harari, Y. N. (2016). *Sapiens: De animales a dioses*. Debate. (2014)

Seagal, H. (1987). El silencio es el auténtico crimen. En *Libro Anual de Psicoanálisis* (Tomo III).

Szpilka, J. (2022). *Por qué la guerra... desde Freud y más allá... hoy*. Manuscrito. Diálogo Latinoamericano.

Vergara, A., & Barnechea, R. (2023). El vaciamiento democrático en Perú... y más allá. *Revista Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/Peru-democracia-vaciamiento/>

Resumen

Plantearnos el tema del malestar en el planeta nos lleva inevitablemente a reflexionar sobre la lucha del ser humano entre Eros y Tánatos, entre el placer y la realidad, entre la evolución y la destrucción, entre el poder y la organización. Pero sobre todo, entre las potencialidades destructivas y las potencialidades creativas. Hemos planteado que estos polos no pueden ser entendidos como caminos separados, como extremos en pugna, sino más bien como fuerzas siempre intrincadas. En el interjuego de las pulsiones, en el que siempre queda un resto, se abre el espacio para la complejidad, en la que se confrontan las infinitas oportunidades que se engendran entre ambas, produciendo un tejido denso, que es la historia humana, mucho más compleja, tupida y rica que una visión de extremos simplemente antagónicos.

El malestar en el planeta no se limita al atentado contra la subsistencia y la riqueza de nuestro hábitat; es un tema político también, en el sentido del ejercicio del poder. Tiene que ver con el sistema de liderazgo y la manera en que se organiza socialmente el planeta.

Palabras clave: interjuego, pulsión de vida, pulsión de muerte, resto, padre de la Ley, ley de la madre

Abstract

The question of malaise on the planet inevitably leads us to reflect on the human struggle between Eros and Thanatos, between Eros and Thanatos, between pleasure and reality, between evolution and destruction, between power and organization. But above all, between destructive potentialities and creative potentialities. We have argued that these poles cannot be understood as separate paths, as competing extremes, but rather as ever-intricately intertwined forces. In the interplay of the drives, in which there is always a rest of, the space for complexity opens up, in which the infinite opportunities that are engendered between the two producing a dense weave which is human history, much more complex, dense and richer than a vision of simply antagonistic extremes. The malaise on the planet is not limited to the threat to the subsistence and wealth of our habitat; it is also a political issue, in the sense of the exercise of power. It has to do with the leadership system and the way in which the planet is socially organized.

Key words: interplay, eros, tánatos, rest of, father of the Law, mother's Law